

CAPITULO 4

Las mujeres que trabajan ¿cuántas, quiénes, cómo, dónde?

ANA MARÍA PÉREZ RUBIO

La feminización de una importante proporción de la fuerza de trabajo mercantil es, sin duda uno de los componentes significativos de cambio en el mercado laboral. Esta incorporación de la mujer parece haber roto, al menos en parte, con el modo predominante en que se estructuraban los itinerarios vitales de las mismas. En esta modificación han incidido dos factores de relevancia fundamental, por un lado el cambio en las ideologías de género, como resultado de las luchas emprendidas por los movimientos feministas desde hace varias décadas y que fueron instalando paulatinamente en el imaginario social la arbitrariedad de atribuir a características biológicas lo que deriva de la cultura.

Concomitantemente, los cambios producidos en los últimos años en los sistemas productivos, donde nuevas formas de organización del trabajo y nuevas condiciones de empleo derivadas de la modificación de los paradigmas económicos, pero también de la aplicación de las políticas neo-liberales, incrementaron las tasas de desempleo de una importante proporción de la población e impulsaron a las mujeres a incorporarse a las ocupaciones remuneradas, como una forma de compensar la pérdida de condiciones económicas más favorables en el ámbito de las familias. Y esto es particularmente notorio en los países latinoamericanos, en los que debe sumarse a la aplicación de las políticas neo-liberales, la crisis de la deuda externa y donde la incorporación de las mujeres coincide con un período de fuertes ajustes y reestructuración del mercado que dificulta notoriamente su inserción.

De este modo, ambos factores - los cambios en el orden simbólico, conjuntamente con las transformaciones en el orden económico - favorecieron la modificación en su comportamiento laboral. Pero, a pesar de que en la actualidad las mujeres están dejando de actuar como mano de obra de reserva y su comportamiento se asemeja cada vez más al de los hombres, es posible advertir sesgos y asimetrías determinadas por la pertenencia a uno u otro género.

En razón de esto, el crecimiento a largo plazo de la fuerza de trabajo femenina no se corresponde con un acceso directo de las mujeres al empleo, sino por el contrario el resultado es que las mujeres se encuentran sobre-representadas entre la población desempleada, sin que tampoco se haya alterado la elevada concentración en algunas ocupaciones o industrias específicas. El desvío de las mujeres hacia segmentos específicos del mercado laboral, especialmente en empleos a tiempo parcial que les permiten “conciliar” (a menudo involuntariamente) ese trabajo asalariado con las responsabilidades familiares, es una muestra de cómo el funcionamiento del mercado excluye y segrega, en función del sexo, a partir de diferencias en la disponibilidad masculina y femenina en el mercado laboral, que se derivan del reparto desigual de las cargas familiares entre mujeres y hombres.

El conjunto de estos rasgos permite afirmar que el mercado de trabajo es un ámbito connotado sexualmente. Es por eso que nos planteamos las preguntas que complementan el título de este capítulo (cuántas, quiénes son las mujeres que trabajan, dónde lo hacen) y a las que intentamos dar respuesta presentando datos provenientes de la Encuesta Permanente de Hogares del aglomerado Corrientes, para el año 2001.

Las mujeres económicamente activas:

Cuántas?

A pesar de que en los últimos años la tasa de participación de las mujeres en la actividad económica se ha incrementado notablemente, en la región que analizamos la misma continua siendo particularmente baja, tanto si la comparamos con otras ciudades de nuestro país, o con países con un nivel de desarrollo más alto, pero

también en relación con los varones. En efecto, existe una diferencia porcentual del 24.5% en cuanto a los niveles de actividad de cada uno de los sexos: 38% para las mujeres y 62.5% para los hombres.

En el aumento de la participación han contribuido tanto los factores de orden económico como los de orden social y cultural. Los económicos se asocian, fundamentalmente, con un período de fuertes ajustes y de reestructuración de los mercados, con el concomitante aumento del nivel de desempleo de los jefes de hogar masculinos, que ha impulsado a sus cónyuges a incorporarse a la actividad económica en un intento de aproximar alguna solución a la situación familiar. El resultado de este contexto es la sobre-representación de las mujeres entre la población desempleada.

Tabla n° 1: Población activa - varones y mujeres - según condición de ocupación. Año 2001

Condición de ocupación	Mujeres	Varones	Dif. %
Ocupado	79.9	85.6	+5.7
Desocupado	20.2	14.4	-5.8
Total	373	550	

Fuente: Elaboración propia a partir de datos EPH mayo 2001. Aglomerado Corrientes.

Quiénes?

Quizá sean los factores de orden social los que mejor contribuyen a comprender las diferencias en los niveles de participación en el grupo de mujeres activas, al tiempo que condicionan su itinerario laboral. Entre los factores que mayor incidencia tienen se encuentra la educación; en efecto, parecería haber una relación inequívoca entre la escolaridad alcanzada y los niveles de integración al mercado laboral, ya que su nivel de formación influye decisivamente en la carrera ocupacional de la mujer.

Tabla n° 2: Condición de actividad según nivel educativo. Mujeres 2001.

Cond. Actividad	Primario	Secundario	Superior	Total
Ocupado	17.5%	23.4%	39.6%	24.7%
Desocupado	3.6%	8.8%	7.5%	6.4%
Inactivo	78.9%	67.8%	53.0%	68.9%
Total	474	432	268	1174

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la EPH 2001. Aglomerado Corrientes

En general, el nivel de estudios que ellas alcanzan se halla, en gran parte asociado a la generación a la que pertenecen. En el grupo estudiado se advierte que, si bien, existe un predominio de mujeres con estudios primarios, en comparación con las que detentan las máximas credenciales educativas, estas diferencias se matizan si se observa cómo se distribuyen según grupo de edad: a medida que se avanza en edad tiende a disminuir el nivel educativo.

Tabla n° 3: Estado ocupacional, según nivel educativo y edad. Mujeres.

Edad de la mujer en años												
14/19				20/24			25/49			50 y+		
Ocup	Irio.	2rio.	Sup.	Irio.	2rio.	Sup.	Irio.	2rio.	Sup.	Irio.	2rio.	Sup.
Ocup	34.6	6.4	3	31.6	20	10.4	39.2	39.9	59.4	16.8	26.2	72
Desoc	11.5	3.2	-	10.5	31.1	9.1	9.2	12.7	9.8	1	-	-
Inact.	53.8	90.4	97	57.9	48.9	80.5	51.7	47.5	30.8	82.2	73.8	28
Total	26	125	33	19	45	77	120	158	133	118	80	25

Fuente: elaboración propia en base a datos de la EPH. Aglomerado Corrientes. Mayo 2001.

De igual modo, cuanto más alto es éste, mayor es la propensión que presentan las mujeres a trabajar. Incluso, el estado civil y la edad no interrumpen el itinerario laboral de las mujeres universitarias, que trabajan prácticamente a lo largo de toda su vida laboral, con independencia de sus situaciones familiares, así como con una dedicación similar a los varones de su generación.

Sin embargo, en el aglomerado que estamos analizando, los datos presentan una tendencia diferente. Si bien la alta inactividad de las más jóvenes con estudios superiores se explica porque figuran, en las estadísticas, como estudiantes, en el tramo siguiente de edad, y en particular entre los 25/49 años no se modifica significativamente la proporción de inactivas, cualquiera sea el nivel de estudios alcanzado e incluso tienden a disminuir entre las mujeres con estudios primarios, precisamente, en ese tramo de edad en que se forma la familia y se produce el nacimiento del primer hijo y que tradicionalmente había constituido el punto de inflexión en los trayectos laborales femeninos. Esto muestra en qué medida el contexto de crisis socio-económico ha modificado las tendencias en el comportamiento de las mujeres en relación con el trabajo: el deterioro del modelo de familia tradicional con un solo proveedor ha impulsado a las cónyuges a incorporarse o permanecer en una actividad remunerativa con independencia de las circunstancias de su carrera familiar, para contribuir a los ingresos del grupo doméstico. De este modo, los cambios en el orden económico condicionan y revierten las tendencias prevalecientes, derivadas del orden simbólico. Con todo, se advierte que existe un porcentaje alto que continúa dedicándose mayoritariamente a las labores domésticas en todos los grupos de edad, aunque esta tendencia se acentúa para las generaciones mayores, en particular entre las que poseen un nivel bajo de educación.

En aquellos países que no han sido golpeados tan fuertemente por la coyuntura económica - como es el caso de los pertenecientes a la Unión Europea, por ejemplo¹ - las jóvenes con estudios de nivel medio, se

¹ En Mari-Klose, M. Y Nos Colom, A: *Itinerarios vitales. Educación, trabajo y fecundidad de las mujeres*. Opiniones y actitudes, n° 27. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1999, se pone en evidencia como los itinerarios laborales de las mujeres se vinculan íntimamente con los ciclos vitales por los que atraviesan y se encuentran fuertemente condicionados por las distintas funciones domésticas que les competen en función de su género: formación de la familia, nacimiento de los hijos, etc. estableciendo diferencias en el comportamiento la pertenencia a las distintas clases sociales y el nivel de estudios que han alcanzado.

comportan inicialmente de manera parecida a las universitarias, pero, a medida que pasa el tiempo, la tendencia es a abandonar el mercado laboral, probablemente cuando se inicia su "carrera familiar", es en este momento en que se produce la bifurcación en el itinerario vital de las mujeres: a partir del tramo entre 25/49 años tiende a disminuir la proporción de mujeres activas a la vez que se incrementa la proporción de inactivas (dedicadas a las tareas domésticas), tendencia que parece modificarse en el contexto que estamos analizando.

El estado civil:

Al igual que la edad y la educación, la situación familiar condiciona el curso de su vida activa. Nuevamente el punto de inflexión, se sitúa en el grupo de edad entre 25/49 años. La actividad de las mujeres jóvenes se ubica en la esfera pública: trabajan o tratan de encontrar empleo, o bien se encuentran estudiando (50.4% entre 20/24 años de las mujeres inactivas, son estudiantes). Estas tres opciones aglutinan el 85.5% de la población de mujeres entre 14 y 24 años, mientras que las que se dedican exclusivamente a las labores domésticas alcanzan sólo al 11%. A partir de la segunda generación se observa un incremento sustancial de las que afirman dedicarse al trabajo doméstico (33%) y un poco más del 60% de esta generación se reparte en las distintas actividades de la esfera pública. De entre ellas, el 46% trabaja, en tanto que el porcentaje de desempleadas o de estudiantes resulta sensiblemente menor. La tendencia iniciada por esta segunda generación de mujeres se acentúa con la edad.

Tabla n° 4: Estado ocupacional, según edad y estado civil. Mujeres.
Edad en años.

14/ 19					20/ 24				25/ 49				50 y más			
Condic	Solt	Cas	Sep	Viu	Solt	Cas	Sep	Viu	Solt	Casa	Sep	Viu	Solt	Casa	Sep	Viu
Ocup.	9.7	12.5	-	-	14.0	20.5	-	100	55.8	41.9	57.9	28.6	30.0	29.2	66.7	9.4
Desoc.	4.0	-	-	-	16.0	18.0	-	-	10.6	9.7	21.1	14.3	3.3	-	-	-
Inact.	95.6	87.5	-	-	70.0	61.5	100	-	33.6	48.4	21.1	57.1	66.7	70.8	33.3	90.6
Total	176	8	-	-	100	39	1	1	113	279	19	7	30	130	15	64

Fuente: elaboración propia en base a EPH aglomerado Corrientes. (onda mayo 2001).

Los lazos de dependencia económica cambian en función del estado civil de las mujeres, que inciden en la definición de su condición de actividad. Las más jóvenes parecen establecer una relación de dependencia con su familia de origen, puesto que los post-adolescentes todavía conviven con sus padres (alrededor del 60% entre 14/24 años). A su vez, el destino de las jóvenes que se incorporan al mercado de trabajo es el de figurar como desempleadas en una proporción mayor que los varones (el 42% de ellas se encuentran buscando activamente empleo, frente a un 29% de los varones jóvenes).

En general, como pauta habitual, las que se casan se dedican en su mayor parte a las labores domésticas (sólo el 20% de las casadas jóvenes trabajan fuera del hogar) y paralelamente tienden a disminuir las tasas de desempleo. Este descenso no se debe tanto a su integración en el mercado laboral, sino a la nueva relación de dependencia económica que establecen después del matrimonio, que las hace abandonar la búsqueda activa de empleo. En general, las mujeres desempleadas antes del inicio de su carrera familiar, dejan de considerarse potencialmente trabajadoras al casarse, entrando a formar parte del colectivo de amas de casa; de este modo, la mujer es absorbida o bien por el mercado laboral o bien por el ámbito doméstico. En el abanico de categorías ocupacionales que se le presentan al varón, dedicarse a las labores domésticas no se contempla como una opción personal si se encuentra desempleado; en cambio, una mujer con cargas familiares, que abandona el mercado laboral, difícilmente se define a sí misma como desempleada. Esta misma pauta se intensifica a medida que se aproxima la edad de abandonar el mercado de trabajo. De este modo, las mujeres al casarse, transitan de la dependencia respecto a la familia de origen a la dependencia con la familia de adscripción, perpetuando así el rol tradicionalmente asignado a la mujer. A esto debe sumarse la llegada de los hijos, que suele ubicarse en general a partir de los 24 años.

Cuando la relación de dependencia económica respecto al marido se rompe, con el divorcio o la separación, la mujer pasa a ser laboralmente activa. Es notorio el descenso de las que se dedican principalmente a las labores domésticas (21.1% contra 48.4% para el mismo grupo de edad). En cambio, las viudas se comportan de forma similar a las casadas, ya que la muerte del marido no las empuja al mercado laboral mucho más que a aquéllas. Estas mujeres reciben el soporte económico por parte del sistema jubilatorio, y eso explicaría que la mayoría se dedique a las labores domésticas. Las viudas difieren de las casadas en el porcentaje de desempleadas, que en el caso de las primeras aumenta.

El 55% de las solteras en el grupo de edad de 25 a 49 años trabajan. Son mujeres que probablemente han finalizado su etapa educativa y se incorporan al mercado laboral. En este grupo de edad sólo el 7% continúa estudiando, e igual comportamiento tienen las separadas. La tarea principal de las mujeres con más de 50 años se ubica en el ámbito doméstico. La generación a la que pertenecen puede ser el determinante que define el tipo de actividad asignado por género. Se trata de mujeres socializadas en el rol tradicional que las circunscribe a la esfera privada. Es además un grupo cercano a retirarse del mercado laboral. En la siguiente tabla se presenta la articulación entre estado civil y nivel educativo alcanzado e incorporación al mercado laboral.

Tabla n° 5: Estado ocupacional, según nivel educativo y estado civil. Mujeres.

Nivel educativo alcanzado.												
1 Rio					2 Rio				Sup rior			
Condic	Solt	Cas	Sep	Viu	Solt	Cas	Sep	Viu	Solt	Casa	Sep	Viu
Ocup.	9.2	28.8	58.3	9.8	16.3	30.5	57.1	9.5	27.4	60.9	71.4	33.3
Desoc.	2.0	7.0	-	-	8.2	9.6	21.4	-	8.3	4.6	14.3	16.7
Inact.	88.8	64.1	41.7	90.2	75.5	60.9	21.4	90.5	64.3	34.5	14.3	50
Total	251	170	12	41	208	187	14	21	168	87	7	6

Fuente: elaboración propia en base a EPH aglomerado Corrientes. (onda mayo 2001).

Contradiendo en parte la tendencia a que las mujeres casadas tengan una menor participación en el mercado de trabajo se observa que, comparativamente, son las solteras quienes en mayor proporción figuran como inactivas; igualmente, a medida que se avanza en el nivel de estudios tiende a aumentar la participación en el mercado, cualquiera sea el estado civil. En efecto, las mujeres con estudios universitarios mantienen - comparativamente - unas tasas de actividad elevadas y constantes a lo largo de su carrera laboral. Si bien las casadas se dedican mayoritariamente a las labores domésticas, esto es así en particular para las de educación primaria (sólo el 28.8% se encuentra incorporada al mercado laboral), las mujeres casadas con estudios universitarios, en cambio, participan de la actividad económica en un 60.9% de los casos. La tendencia que asocia mejores niveles educativos y mayor incorporación al mercado de trabajo, se mantiene también para el caso de las mujeres con estudios secundarios, aunque las diferencias tienden a atenuarse.

El nivel de ingresos familiares

Los ingresos bajos en el hogar, suelen también incrementar la propensión de las mujeres a realizar una ocupación fuera del ámbito doméstico, independientemente de su nivel educativo. Esto se verifica, particularmente, en el caso de los tramos más altos del ingreso, que concentran también el porcentaje más alto de inactividad femenina (83.7%); aunque igual tendencia se registra en los tramos menores de ingreso. Probablemente, la variable que permite comprender tal diversidad de comportamientos es el nivel educativo alcanzado, que opera como un factor condicionante importante de su comportamiento laboral.

Tabla n° 6: Condición de actividad según nivel de ingreso y nivel educativo alcanzado

	Decil 1-4			Decil 5-8			Decil 9 y+		
	E.Baja	E.Med.	E. Alta	E.Baja	E.Med.	E.Alta	E.Baja	E.Med.	E.Alta
Cond. A.									
Ocup.	12.7	19.2	27.4	5.9	21.1	39.6	22.2	30.8	39.5
Desoc.	0.7	7.0	6.3	1.7	9.7	11.6	1.4	5.1	4.9
Inact.	86.6	73.7	66.3	92.3	69.1	48.8	76.4	64.1	55.6
Total	142	156	95	168	175	164	72	78	205

Fuente: elaboración propia en base a EPH aglomerado Corrientes (Onda mayo 2001)

Por el contrario, cuando se hace intervenir el estado civil de las mujeres, se observa que a menor nivel de ingresos del grupo familiar se registra una mayor tendencia hacia la participación en el mercado de trabajo, en particular de las casadas, confirmando la importancia que posee actualmente el trabajo femenino en el sostenimiento de la unidad familiar; esta tendencia se acentúa notoriamente en el caso de las mujeres separadas, que devienen, en la mayoría de los casos, el único soporte de la economía del hogar.

Tabla n° 7: Estado civil según condición de ocupación por deciles de ingreso familiar

	Decil 1-4				Decil 5-8				Decil 9 y+			
	Solt	Cas	Sep	Viu	Solt	Cas	Sep	Viu	Solt	Casa	Sep	Viu
Condic												
Ocup.	10.5	30.1	69.2	17.8	12.0	34.7	4.3	9.7	18.0	51.0	60.0	7.7
Desoc.	3.9	3.9	7.7	3.5	3.8	10.9	21.4	-	5.5	3.4	-	-
Inact.	85.5	66.0	23.0	78.5	42.2	54.3	14.3	90.3	76.5	45.5	40.	92.3
Total	256	153	13	28	382	164	14	31	183	145	5	13

Fuente: elaboración propia en base a datos EPH, del año 2001, para el aglomerado Corrientes.

Otro factor que incide en su comportamiento laboral es el número de hijos. Si bien no se cuenta con datos para aportar en este sentido, es sabido que al aumentar la cantidad de ellos se tiende a abandonar la vida activa, aunque esta tendencia es menos acentuada cuando el marido tiene un nivel de ingresos alto. Probablemente, se trata de mujeres cuya capacidad económica familiar les permite comprar su tiempo de reproducción (se hace referencia aquí a las mujeres que recurren a otras personas para realizar las tareas domésticas o de cuidado familiar y que pagan por esos servicios). Del mismo modo, las mujeres sin hijos se sitúan de preferencia, en el grupo de las activas. Igualmente, en las mujeres con hijos los índices de actividad varían en función del nivel educativo.

Cuánto:

Las obligaciones familiares inciden en las estrategias laborales femeninas. El porcentaje más elevado de mujeres trabajando a tiempo parcial está en el grupo de las casadas; en parte debido a que el sustento económico no depende exclusivamente de su salario, y en algunos casos, representa sólo una contribución a la economía familiar; pero también debido a la necesidad de hacerse cargo de los hijos. Entre las mujeres solteras, que en su mayoría tienen sólo la responsabilidad de solventar sus propios gastos, los requerimientos resultan menores, mientras que entre las divorciadas, el trabajo a jornada completa deviene un indicador de necesidad económica.

Tabla n° 8: Horas semanales trabajadas según estado civil. Año 2001

Cant. de horas	Soltera	Casada	Separada	Viuda
1/30 hs.	53.4	57.2	42.9	66.7
31 y +	46.6	42.8	57.1	33.3
Total	103	159	21	9

Fuente: elaboración propia en base a los datos de EPH (onda mayo 2001)

Cómo: calidad del empleo

Para Robert Castel², y a pesar de que el desempleo aparece como la manifestación más visible de la crisis, probablemente sea la *precarización* del trabajo una de las características más notables, lo que este autor denomina la "desestabilización de los estables". En este contexto el concepto de trabajo por tiempo indeterminado ha ido perdiendo su hegemonía, apareciendo otras "formas particulares de empleo" que configuran un abanico de situaciones heterogéneas, con contratos por tiempo determinado, trabajo provisional, a jornada parcial, etc.

Esta precarización se traduce en la diversidad y discontinuidad de las formas de empleo - trayectorias erráticas constituidas por la alternancia de empleo y no-empleo - han reemplazado al paradigma del empleo homogéneo y estable (id.). Y es probable que sean la mujeres, junto con los jóvenes los más afectados. Por ello, y a pesar de la creciente incorporación femenina al mercado en las últimas décadas, debido a los cambios mencionados anteriormente, las condiciones de trabajo de las mismas, en comparación con las de los hombres, resultan en general más precarias. Tomamos para este análisis como indicadores de la calidad del empleo, o nivel de precarización de los mismos, el nivel de ingresos de la ocupación principal, los beneficios sociales de la misma, y la estabilidad o tipo de contratación.

² Castel, Robert, 1997: *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

Tabla n° 9: Calidad del empleo: beneficios, ingresos y tipo de contratación según sexo.

		Hombres	Mujeres
Ingresos (deciles)	1/4	34.9%	48.9%
	5/8	41.9%	36.3%
	9 y +	23.2%	14.7%
	Total	439	278
Beneficios	Sin beneficios	39.4%	44.0%
	Algunos beneficios	25.6%	27.6%
	Todos los beneficios	35.0%	28.4%
	Total	1251	1315
Tipo de Contrato	Permanente	74.0	79.4%
	Temporario	5.8	3.0%
	Changa	2.6	0.4%
	Inestable	17.6	17.2%
	Total	471	298

Fuente: elaboración propia en base a los datos de EPH (onda mayo 2001)

Los niveles de inestabilidad y precarización afectan a la población femenina en mayor medida que a los hombres. Así, aunque las mujeres son sólo el 28.3% de la población asalariada ocupan el 57.3 % de los empleos a tiempo parcial y un 47.8% de los contratos a tiempo parcial y el 50% del total de subempleados. En cuanto a la duración de los contratos, poseen en una proporción levemente mayor, contratos permanentes, pero esto se debe a la alta representación que posee el empleo público en la muestra que estamos analizando; sin embargo, el 20.6 % de ellas se encuentra subempleada, contra el 13.1% de los varones.

Por lo demás, suelen ocupar posiciones subalternas en la jerarquía laboral, en tanto quienes acceden a puestos directivos son mayoritariamente hombres (segregación vertical) Como resultado de estos y otros fenómenos, las mujeres perciben en término medio, salarios inferiores a los hombres.

Otro elemento importante que permite caracterizar la situación laboral de las mujeres deriva de la consideración de los puestos de trabajo que ocupan en términos de calificación. Se suele considerar que con frecuencia ellas ocupan los peores puestos y los más precarios, y que incluso las mejor cualificadas se encuentran desempeñando ocupaciones por debajo de sus niveles de calificación. En la siguiente tabla presentamos el modo cómo se distribuyen los empleos según la categoría de la ocupación entre hombres y mujeres.

Tabla n° 10: Calificación de la ocupación según sexo. Año 2001.

Calificación de la ocupación	Mujeres	Varones	Dif. %
Calificación Profesional	7.2	8.3	+1
Calificado	53.4	65.8	+12.4
No calificado	39.4	25.9	-13.4
Total	348	533	

Fuente: Elaboración propia a partir de la EPH aglomerado Corrientes (onda mayo 2001)

Si bien la diferencia entre ambos sexos en cuanto a la calificación profesional de la ocupación es relativamente baja en este aglomerado, la proporción masculina es ligeramente mayor; de igual modo, cerca del 40% de las mujeres ocupan empleos no calificados, mientras que sólo la cuarta parte de ellos, trabajan con tal categoría ocupacional. Según esto, los mejores puestos continúan en manos de los hombres.

Pero, estos datos adquieren un significado distinto si se analizan a la luz de los niveles educativos alcanzados por las personas ocupadas. Y así advertimos que mientras el 30% de los hombres con niveles educativos altos, ocupan puestos no calificados (es decir que están sub-categorizados) el porcentaje de mujeres en estas condiciones se reduce al 23.4%, diferencia que atribuimos a la posibilidad de optar - en oposición a los hombres para quienes es siempre una obligación - que tienen las mujeres entre el trabajo y el no trabajo, cuando éste no se ajusta a sus expectativas, y éstas doblemente, ya que en tanto profesionales, por pertenencia de clase, cuentan con mayores recursos - como sucede con frecuencia entre los universitarios - para soportar el desempleo.

Dónde?

Tal como sucede en relación con las condiciones de trabajo de las mujeres en comparación con las de los hombres, el aumento de su participación laboral no ha alterado la elevada concentración de éstas en ocupaciones o industrias específicas; en el mercado de trabajo de todos los países, la mayor parte de las mujeres está empleada en un número reducido de ocupaciones y sectores, en particular en el sector servicios, que continúa siendo el principal ámbito de ocupación femenina, así un 70% de las mujeres empleadas se desempeña en este sector, donde retienen el 60% de los puestos de trabajo. Este nivel de actividades hace que la dinámica del empleo femenino esté vinculada a la terciarización de la economía.

Del mismo modo, hay algunos trabajos que se conceptualizan como “típicamente femeninos”, en general aquéllos que derivan de actividades relacionadas con la esfera de la reproducción, aun cuando se inserten formalmente en la esfera de la producción. Esto da origen a una segmentación del mercado o feminización de algunas ocupaciones en las que las mujeres se encuentran sobre-representadas en comparación con los hombres, segmentos y ocupaciones, que por lo demás se encuentran menos valorados y peor retribuidos que los restantes. Por otra parte, en muchas ocasiones, la feminización de un empleo deviene un índice de proletarización, ya que la diferencia entre hombres y mujeres no se deriva tanto de una discriminación directa en los salarios, sino sobre el tipo y cualificación del trabajo.

Tal como muestra la tabla siguiente, las mujeres se desempeñan, fundamentalmente, realizando trabajos administrativos o en sectores vinculados con la enseñanza, (donde ocupan el 72% de los puestos de trabajo), los servicios personales (constituyen el 51% de los trabajadores de este grupo) y sobre todo en el servicio doméstico (que concentra el 96% de mujeres), lo que muestra claramente el nivel de segregación ocupacional del mercado en términos de género.

Tabla n° 11: Población ocupada según rama de actividad por sexo.
Año 2001.

Ramas	Varón	Mujer	Dif %
Actividades primarias	1.3	-	-1.3
Industrias	6.7	4.3	-2.4
Suministro de electricidad y luz	0.7	0.6	-0.1
Construcción	19.1	0.3	-18.8
Comercio, hoteles, restaurantes y Transp..	30.4	18.9	-11.5
Inst. financieras y actividades intermedias	6.1	6.0	-0.1
Administración pública y defensa	15.0	9.7	-5.3
Enseñanza	4.5	18.2	+13.7
Servicios sociales, salud, personales y com.	9.2	14.6	+5.4
Servicios de reparación	6.0	-	-6.0
Servicio doméstico	0.7	27.3	+26.6
Total	533	348	

Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH aglomerado Corrientes (onda mayo 2001)

* * *

En resumen, la estructura del mercado laboral revela que a pesar de las modificaciones operadas en los últimos años tanto en el plano simbólico como en el orden social y económico, éste continúa presentando asimetrías derivadas de las representaciones ideológicas en torno a los sexos. Las mujeres se han incorporado al trabajo asalariado tarde, poco y en condiciones desiguales: las cifras presentadas dan cuenta de tales asimetrías. A tales condicionamientos y su escasa participación, deben sumarse las altas tasas de desempleo y precarización laboral, así como la segregación sectorial y ocupacional que caracterizan el empleo femenino y constituyen componentes fundamentales de la división sexual del trabajo. Así, la feminización del mercado laboral va acompañada del mantenimiento de fuertes desigualdades entre mujeres y hombres que reflejan importantes diferencias en el acceso y las condiciones de participación laboral por sexo

Sin embargo, y en virtud de algunos de los cambios que se han mencionado, no hay recorridos homogéneos para todas las mujeres, y estos varían fundamentalmente en términos del ciclo vital por el que atraviesan, pero también del nivel educativo que han alcanzado. Si bien en los datos presentados se constata la importancia del trabajo doméstico para las mujeres, también se advierte que la fuerza de trabajo femenina (real o potencial) se encuentra interiormente segmentada, fundamentalmente debido al sesgo generacional histórico y los lazos de dependencia familiar. Estos factores condicionan fuertemente sus recorridos laborales.

La otra característica, que segmenta la fuerza de trabajo femenina, es la pertenencia de clase. La distribución ocupacional de las mujeres viene marcada por su nivel de estudios, y la deserción se sitúa en los niveles educativos inferiores; aunque, la clase social, definida a través del ingreso del marido, matiza el efecto de la educación de las mujeres: en el nivel de los estudios primarios, se mantienen en el mercado laboral cuando los ingresos del marido son bajos. En cambio, las mujeres con estudios universitarios tienden a abandonar el mercado cuando los ingresos del marido son altos.

La maternidad es otro de los factores que explica la permanencia o abandono de la carrera ocupacional. El número de hijos contribuye a explicar ese abandono. La incidencia de estos factores sobre la participación laboral de la mujer revela que, pese a los cambios, persiste el rol tradicional socialmente asignado; el comportamiento dominante es mantener su actividad cotidiana en el área de la reproducción de la fuerza de trabajo y de las condiciones de vida cotidiana. A medida que se avanza en el curso vital va encontrando obstáculos que dificultan su permanencia en el mercado laboral, cuando no su incorporación. El trabajo a tiempo parcial es una estrategia de inserción en el trabajo remunerado compatible con las exigencias de su actividad doméstica. Evidentemente, la inclusión de las mujeres en el espacio público no se ha acompañado por un cambio cultural, de igual magnitud, en el modelo de familia y trabajo, que facilite esta transición.

Por lo demás, el elevado porcentaje de mujeres con estudios primarios, sin hijos, trabajando a tiempo parcial, indica que el mercado absorbe a mujeres poco cualificadas. La cuestión es discernir en qué condiciones y en qué sectores de empleo ocurre eso. Los indicadores apuntan a itinerarios distintos y destinos

desiguales, para varones y mujeres. El mercado circunscribe a la mujer a unas pocas ocupaciones, en las que son frecuentes la inestabilidad y la precariedad laboral. Se trata de mujeres con escasa formación, muy jóvenes o de edad relativamente alta. En consecuencia, y a diferencia de lo que sostienen los enfoques más clásicos, acerca de los mercados de trabajo, se advierte que los mismos no son homogéneos, sino segmentados. Y esta segmentación está dada tanto por las diferencias entre uno y otro sexo, como por las diferencias que se establecen entre las posibilidades de cada uno de ellos, derivadas de sus condiciones de clase. Finalmente, se encuentran algunos nichos de empleo "feminizados" debido a que se consideran - arbitrariamente - adecuados con algunos estereotipos de género.

Sin embargo, la situación de crisis por la que transitan la mayoría de las sociedades parece estar revirtiendo algunas de las tendencias apuntadas y vemos que las mujeres - en función de la condición económica de su grupo familiar - permanecen en el mercado de trabajo más allá de su situación de clase, estado civil o edad. Pero, a pesar de esto, su acceso al mercado laboral, en lugar de contribuir a la creación de un perfil de trabajador andrógino que rompa con el referente tradicional del cabeza de familia-hombre, asociado a la mujer-ama de casa, e incorpore las condiciones de participación de los miembros femeninos, ha reproducido nuevas formas de diferenciación por sexos favoreciendo el surgimiento de un modelo de trabajador asimilado al esquema de participación precarizada de las mujeres. En realidad, su incorporación, en la actual coyuntura económica, de intenso cambio y reestructuración, se ha producido conjuntamente con la expansión de los empleos precarios, en particular en el sector servicios, en gran medida porque su debilidad comparativa en el mercado laboral las hace más proclives a estos trabajos.